ALGUNAS NOTICIAS NECROLÓGICAS DE CAMPOAMOR EN LA PRENSA ASTURIANA DE 1901

José Luis Campal Fernández
(*Real Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo)

La prensa asturiana de 1901 no fue excesivamente pródiga en recordar el fallecimiento en Madrid de su vate naviego. De las informaciones que en su día dieron cuenta de la desaparición del poeta asturiano más conocido en el siglo XIX, recogemos las ofrecidas, en diferentes fechas de los meses de febrero y marzo, por tres periódicos de Oviedo, Gijón y Avilés.

El 13 de febrero de 1901, el rotativo ovetense *El Carbayón* ponía al lector al corriente, en primera página, del infortunado deceso insertando un telegrama de pésame del rector de la Universidad de Oviedo, don Félix de Aramburu y Zuloaga; una nota de la dirección del propio periódico y una necrología laudatoria, obra del escritor Bernardo Acevedo y Huelves. El pésame del Rector, dirigido al familiar madrileño de Campoamor don Vicente Rodríguez Valdés, rezaba de la siguiente manera:

> «Universidad Oviedo llora la muerte del insigne Campoamor, honra preclara de esta tierra y de esta Casa y perenne gloria de las letras españolas. *Rector Aramburu*».

La redacción de *El Carbayón*, unas líneas más arriba y bajo el rótulo "Nuestro poeta", expresaba su pesar por la desaparición de Campoamor en los siguientes términos:

> «*El Carbayón* orla hoy de luto sus columnas.
>
> Periódico genuinamente asturiano, que cifra su satisfacción en cantar nuestras glorias y se honra con ensalzar a sus hombres ilustres, siente como nadie esta Redacción la muerte del Rey de los poetas asturianos, del más genial y humorista de los poetas españoles.

> Aquí donde tiene amigos del alma; hijos de los hijos de sus contemporáneos, hijos adoptivos de su corazón bondadoso, no podía pasar desapercibida su muerte. Por eso a nuestro ruego, un queridísimo amigo, un deudo del gran difunto que conocía sus intimidades y sus afectos nos remite el artículo de fondo, escrito en momentos de honda tribulación»

El "deudo" de Campoamor no es otro que el escritor y académico correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y la Historia, Bernardo Acevedo y Huelves, autor de monografías sobre su concejo natal (Boal)[1], y los vaqueiros de alzada[2], además de poeta en bable[3] y castellano[4] muy estimado. Acevedo tituló su semblanza necrológica "Campoamor", la cual consta de dos partes. En la primera habla el glosador del carácter del poeta, de su inteligencia y capacidad expresiva:

> «Como la noticia venía derecha a herirnos en el corazón, la trajo el rayo del telégrafo.
>
> Campoamor no era solamente para nosotros el poeta inmortal de las *Doloras*; no era el comprovinciano con cuya gloria nos envanecíamos. Era algo más; era el hombre bondadoso de quien recibimos, en días amargos, generosa protección y santos consuelos; era el venerado amigo que nos honró con el paternal consejo, con la lectura de sus versos inéditos y con íntimas confidencias, contadas, entre risas, unas veces, con lágrimas, otras; porque Campoamor, sobre ser el más grande de los poetas, era el más entrañable de los amigos y el más bueno de los hombres.
>
> ¡Ya la muerte apagó el sol de aquella inteligencia poderosa y la luz de aquella mirada expresiva y profunda! Ya la muerte paralizó aquel gran corazón, que tan delicada y tan hondamente sabía sentir, helando la palabra graciosa y viva que fluía a borbotones de sus labios»

Aprovecha la ocasión el autor del obituario para lanzar una andanada sobre la crítica situación de España tras el desastre colonial del 98 y el torcido rumbo de la política nacional:

> «Diríase que la muerte, de acuerdo con el genio funesto que preside los destinos de España, arrebató piadosamente a Campoamor la vida para que no viera las pesadumbres que nos agobian, las miserias que invadieron y que trabajan a la nación española, la fe muerta en los corazones y al marasmo y la indiferencia que penetró en el alma, sin virtudes ya y sin

> ideales que nos levanten del rebajamiento moral en que vivimos, y sin amores que encarnen en el espíritu nacional y lo lleven a la honrosa rehabilitación y a las glorias legendarias de nuestros mayores»

Con la muerte de Campoamor, Acevedo y Huelves cree que la poesía española queda, si cabe, todavía más desamparada:

> «Si la patria ha de regenerarse ¿dónde está el poeta que lleve el estandarte de nuestra renovación? Si ha de sucumbir ¿a dónde está, en esta tierra de poetas, el que ha de entonar la última elegía sobre la tumba de las viejas glorias y de los grandes recuerdos, y el que ha de romper su lira y enterrarla entre las cenizas de esta España sin ventura? La poesía castellana está casi muda hace algunos años, ¡y Campoamor, el genio vivo de esa poesía, acaba de sumirse en las tinieblas de la muerte!»

La segunda parte de la necrología, mucho más breve que la primera, la dedica Acevedo y Huelves a rechazar la consideración de Campoamor como poeta pesimista:

> «Espíritus pequeños que no comprenden el vuelo de las águilas en el espacio, ni los resortes del arte, ni la grandeza del genio, llamaron a Campoamor el poeta escéptico, el poeta del pesimismo.
>
> Quien esto afirma de Campoamor ni lo conoció, ni conoce sus libros, ni sabe una palabra de arte. Empleó Campoamor sus 84 años de vida en obrar el bien, y en amar la verdad, y aún en hacer protestaciones de fe como católico, para los partidarios de la vulgar gazmoñería ¿Qué más se le puede pedir?»

El mismo día del óbito de Campoamor, la Reina Regente Mª Cristina firmó un Real Decreto en el que se concedían los mayores honores al poeta, haciéndose cargo el Estado de los costes del entierro del poeta. La *Gaceta de Madrid* del 13-II-1901, incluyó el texto íntegro de la exposición del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y el Real Decreto. Un periódico asturiano que lo reprodujo fue *El Carbayón*, que así lo hizo el viernes 15 de febrero, en su número 8.702, página segunda. La "Exposición" ministerial decía así:

> «Señora: Campoamor ha muerto. Las letras españolas están de luto. El Gobierno sabe que V. M. enaltece en toda

ocasión a los hombres ilustres, e interpretando, a la vez, el sentimiento público como representación del Estado, desea dar ante el país manifiesta prueba de alta consideración al poeta eximio, gloria de su tiempo y honra de la Patria.

A esta manifestación de duelo unánime se asociarán seguramente todas las Academias y Centros de cultura, demostrando con su presencia la alta significación del insigne muerto en la literatura nacional.

Honrar a los hombres de verdadero mérito como homenaje rendido a los esplendores del saber y a los dones de la inteligencia, es un deber para todo pueblo culto; dar testimonio de estas consideraciones, raras veces prodigadas, constituye hermoso ejemplo, estímulo fecundo, muestra de gratitud y debido premio de justicia.

El duelo es nacional; se asocia a él, desde las alturas del Trono V. M., símbolo de la Patria, el Gobierno, representación del Estado; las distintas Academias, Congregaciones ilustres de la Literatura, de la Ciencia y del Arte; el país en masa, que habiendo aplaudido cuando vivo las relevantes muestras de su genio, le acompañan muerto para rendirle el postrer tributo de admiración, elevando hasta el Altísimo sus oraciones por el eterno descanso de su alma»

El Real Decreto indicaba en sus primeros artículos lo que sigue:

«Artículo 1º. La conducción del cadáver y entierro de D. Ramón de Campoamor serán costeados por el Estado.

Art. 2º. Por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se invitará a las Reales Academias, Universidad, Ateneo de Madrid y demás centros de enseñanza y de cultura a que tomen parte en esta manifestación de duelo.

Igual invitación se hará a las Corporaciones y funcionarios dependientes de los distintos Departamentos ministeriales»

El jueves 21 de febrero de 1901, *La Voz de Avilés* insertó la noticia del fallecimiento del poeta de Navia, en las páginas primera y segunda, dentro de una de las crónicas capitalinas tituladas "Desde los Madriles" y firmada por Tartatín. Se refiere éste en ella a las iniciativas para erigirle una estatua que perpetúe su memoria, haciendo distingos entre el valor de las aportaciones efectuadas por Campoamor y la inercia de la costumbre:

«Desde hace unos años a esta parte, en cuanto muere un hombre conspicuo en arte, ciencia o política (en política

> sobre todo), surge la idea de elevarle una estatua, sin aguardar, como manda la razón y la experiencia, a que la Historia juzgue y aquilate sus merecimientos. Ahora ocurrió lo propio con Campoamor, pero esta vez han estado acertadísimos los iniciadores. Campoamor está sancionado por todos; sus partidarios y admiradores, son cuantos han leído sus obras, y sus obras son tan populares como sus *cantares*, y tan de texto en la escuela de la vida, como el Catón y el Fleury en las escuelas de primeras letras»

También habla el autor del artículo del emplazamiento de la misma y de las características que el recordatorio pétreo debiera revestir:

> «Quieren que su estatua se eleve en el Retiro y creemos que es el sitio a propósito. Por allí pasan sus amores, las juveniles parejas que Campoamor ha comprendido como nadie; por allí corren los niños alegrando la tierra con sus juegos y allí brotan flores que el poeta amaba y vestía con su encantadora pluma. Desde su pedestal los verá risueño y complacido, adivinando en las almas de los que pasan, todos los misterios, como los adivinaba en vida con su maravillosa intuición de *vate*, y dejando ver aquella sonrisa irónica que campea en sus *Doloras*, aquel humorismo inimitable de sus *Humoradas* y aquel amargo dolor de sus agridulces poemas.
>
> Que la estatua sea grande, como era su genio, pero que sea alegre y sencilla como su carácter. En cierta ocasión, al ver que un grupo de alumnos que habían acudido a la Moncloa a hacer análisis de terrenos, y que más se fijaban en lo que decía el gran poeta, que hablaban con el profesor, que no en análisis o en jugar, volvióse hacia los admirados muchachos y les dijo: ?¿Qué hacéis? Si fuera yo muchacho como vosotros, ya estaría por ahí dando zapatetas»

El último miércoles de febrero de 1901, la Universidad de Oviedo le tributó un multitudinario homenaje a Campoamor en el teatro que lleva su nombre por voluntad, principalmente, del concejal Leopoldo Alas 'Clarín'. Del evento dejó constancia, entre otros medios, el rotativo gijonés *El Comercio*, en su nº 6.734, correspondiente al sábado 2 de marzo. En la crónica, publicada en primera página, se detallaban los pormenores del acto, en el que se alternaron las disertaciones eruditas con la interpretación musical, al tiempo que se daba lectura a diversas muestras del trabajo poético campoamorino. En el homenaje

hablaron políticos como Melquiades Álvarez; autoridades universitarias como Félix de Aramburu; poetas en lengua vernácula como Pepín Quevedo; intelectuales como Rafael Altamira o amigos, amén de literatos, como el mismo 'Clarín'. Reproduzco seguidamente, en su casi totalidad, el texto periodístico, titulado "En honor de Campoamor":

> «Presidió el acto el Sr. Aramburu, y se hallaba el coliseo elegantemente decorado, destacándose en el fondo del escenario, colocado en artístico dosel, el retrato del ilustre poeta. Ocuparon el escenario las Comisiones de los Cuerpos civiles, militares y eclesiásticos, y los palcos y butacas la flor y nata de la escogida sociedad ovetense, invadiendo el público por completo el resto de las localidades.
>
> Inauguró la sesión el Sr. Aramburu, exponiendo brevemente el origen de la velada.
>
> Inmediatamente el Catedrático señor Altamira hizo un resumen necrológico del poeta, siendo muy aplaudido.
>
> Después fueron leídas poesías de Campoamor, por varios alumnos de la Universidad, entre ellas la que lleva el título de "El gaitero de Gijón".
>
> Tocóle luego el turno al elocuente gijonés D. Melquiades Álvarez que, como siempre, arrancó del público espontáneos y nutridos aplausos, cuando en párrafos inimitables demostraba que aquel homenaje significaba un homenaje a la patria, que acababa de perder, al perder al Sr. Campoamor, un profundo filósofo; dijo que Campoamor y Zorrilla habían sido los mejores poetas españoles del siglo finado, y agregó con frase enérgica que Campoamor merecía un altar donde se le rindiera culto fervoroso por sus compatriotas, concluyendo su hermosa oración, que fue la nota culminante de la velada, con atinadas demostraciones de la religiosidad y arraigadas creencias que el egregio poeta profesaba.
>
> La orquesta interpretó la sentida plegaria de Stradella, titulada *Pietá Signore*.
>
> D. Leopoldo Alas expuso que, como el alma no debe perecer, el genio de Campoamor tampoco desapareció; comparóle con Jovellanos, señalando entre ellos la discordancia que existe entre la poesía y los conocimientos útiles; calificó de general la poesía de Campoamor, expuesta sin dobleces ni ficciones, calificándole, por último, de cristiano y oyendo a su final no pocos aplausos.
>
> Siguióle el Sr. Quevedo, que leyó una hermosa poesía en bable, premiada también con los aplausos del público.
>
> Concluyó, haciendo el resumen, el Sr. Aramburu, dando las gracias a cuantos habían cooperado a la fiesta; insistien-

do en que el filósofo poeta no había sido escéptico, por más que efecto de la sinceridad que se nota en todas sus composiciones, refleja en éstas a veces la duda, que suele atormentar también a los más creyentes; sus últimas palabras enardecieron de entusiasmo a los espectadores, que lo aplaudieron calurosamente.

La velada dejará memoria grata en cuantos tuvieron la suerte de poder asistir a ella y constituyó un acto solemne que honra a cuantos contribuyeron a realizarlo».